

**Claustro General de Académicos de la Universidad de Chile,  
Salón de Honor, Casa Central, 17 de Junio de 1997.**

**Texto de la intervención del Profesor Sergio Jara Díaz**

Agradezco al claustro académico del campus Juan Gómez Millas la invitación personal que me hiciera para participar en este foro. Hace poco asistí a la inauguración de una exposición de la obra de Nemesio Antúnez; a todos nos pareció muy cortés y natural que los organizadores agradecieran a las empresas privadas que auspiciaban el evento, como es usual. Esto me hace pensar que tal vez yo debería comenzar agradeciendo a este país por haberme dado educación secundaria y universitaria gratuita en el Liceo Experimental Manuel de Salas y en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Tal vez debería decir que esta presentación es posible gracias a un *grant* del Estado de Chile, cuyo número probablemente coincide con el de mi Rol Unico Tributario. Si le sumo a eso que el Manuel de Salas en esa época pertenecía a la U, resulta que he pasado 36 de mis 46 años en esta institución. Se que hay casos mas notables, pero este es el mío.

Quiero motivar el contenido de mi intervención recordando la labor de la comisión que redactó la primera versión de la ley general de Universidades (la así llamada comisión Brunner). Esa comisión desarrolló su labor en un ambiente de evidente autocensura, lo que no resultaba fuera de norma en un período en el que primaba la estrategia de los consensos, que exigía garantizar la factibilidad política de las leyes frente a un Senado que no cumple con los requisitos de una democracia representativa. Lo que si resulta definitivamente extraño es que hayamos tardado mas de siete años en juntarnos y preguntarnos, entre otras cosas, por que esa autocensura institucional alcanzó y amarró a cada uno de nosotros como individuo, como cuerpos locales o como cuerpo global de académicos de la Universidad de Chile.

No digo gran novedad cuando afirmo que existe un conjunto de valores y actitudes que, de una forma u otra, llegan a ser adoptados consciente o inconscientemente por los individuos de una sociedad, conformando una manera dominante de interpretar la realidad. La existencia de estas percepciones comunes al colectivo social son un requisito para que los individuos acepten las reglas del juego que, de manera formal, definen, sostienen y fortalecen una particular forma de organización económico-social. Existe, entonces, una ideología dominante o carácter social que garantiza la

existencia y reproducción del sistema económico; es decir, la forma dominante de interpretación de la realidad cotidiana es funcional a la permanencia del sistema. Su debilitación es condición para el cambio.

Naturalmente, la internalización de esos valores funcionales a nivel individual no es automática ni garantida, y los mecanismos son varios. Uno es el miedo al aislamiento absoluto, esto de ser "distinto", que para Fromm es un factor fundamental. En la misma línea, en su Ensayo sobre la Libertad, Marcuse expande en una nota a pie de página el concepto usual de necesidad biológica para incluir todo aquello que, faltando a un individuo, produce disfunción a su organismo. Así, en la época actual las necesidades de comer y dormir se superponen con necesidades creadas socialmente como la búsqueda de fama, riqueza y poder o la compulsión del consumo, cuya insatisfacción contribuye a la úlcera, el colon irritable o el reflujo esofágico, entre otros malestares. Y en esa carrera lo esencial, lo trascendente, se va desvaneciendo.

Creo que este marco general no es suficiente para explicar nuestra apatía colectiva, pero contribuye a aclarar algunas cosas. Por una parte, la falta de interacción nos hace sentir marginales ante el terrible peso del bombardeo de los medios de comunicación. Por otra, las reglas del juego se han modificado de tal manera que, por ejemplo, buena parte del sueldo de un Profesor de la U se determina en un proyecto Fondecyt, lo que contribuye a que la labor de investigación adquiera una connotación más cercana a la lucha por la vida que a la alegría de la creación científica o artística. Sin embargo, creo que lo central ha sido la imposición de un marco social que se percibe dictatorial, que cubre todos los aspectos de la actividad humana, y que parecía irreversible.

Es relevante preguntarse por qué muchos de nosotros nos sentimos incómodos e inadaptados dentro de este marco de una economía de mercado que tiene su contrapartida evidente en el actual sistema universitario. Creo que tal sensación no proviene de una posible falta de preparación para sobrevivir con éxito dentro de los parámetros del sistema actual; de hecho, y les ruego que excusen la vulgaridad, los indicadores cuantitativos nos favorecen, tal como lo ha indicado el propio Ministro de Educación en entrevista reciente. Esta incomodidad latente, poco específica, proviene de nuestra historia como individuos dentro de una institución que se percibe distinta, que tiene una tradición que parece sustentarse en actitudes y formas de vida que entran en conflicto con el sistema económico dominante. Lo que quiero decir es que siento que existe una forma de mirar, de percibir e interpretar el entorno, que

parece propia de esta Universidad. Lo que quiero decir es que creo que existe un carácter o una ideología de la Universidad de Chile.

Si nuestro comportamiento está marcado fundamentalmente por la historia, la existencia de una historia común debería haber creado una suerte de complicidad valórica influida por la tradición, por el trato amable que nos dieron los maestros, por un estilo de hacer academia que tiene que ver más con el cariño y el compromiso que con los estímulos monetarios. Debo señalar que varios académicos de mi generación pertenecemos a la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, esa escuela de Universidad que, durante toda la década de los 80, nos hizo interactuar con tanta gente de generaciones anteriores que nos transmitían una cultura que sobrevivió: Fernando Castillo, Alejandro Goic, Manuel Guzmán y el tan recordado Lucho Izquierdo. Es esta escuela la que formó buena parte de los valores universitarios de muchos de nosotros.

De qué otra manera podría yo explicarme lo natural que me resultó escuchar a Humberto Giannini decir, en el primer foro académico autorizado a la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello en esta Casa Central hacia finales del largo período de intervención, que ningún habitante de este planeta pidió permiso para venir, que todos somos invitados, y que a los invitados se les trata bien, no se les exige competir para ganarse un lugar. O por qué resulta tan sencilla la sintonía con Humberto Maturana cuando en una entrevista interpreta la delincuencia de las poblaciones como la forma de competir de quienes no tienen ventaja comparativa alguna. Y uno siente que Ennio Vivaldi dio en el clavo cuando nos hizo notar hace seis años que "más de algún estrategia debe todavía preguntarse cómo fue que la Universidad de Chile retuvo a académicos de valor a pesar de los presupuestos que se le asignaban", observación que, entre paréntesis, me sigue pareciendo que encierra la clave de la persistencia de la U como Universidad estatal. Cómo no sentirse extraño al coincidir con estas interpretaciones, estas "formas de mirar", en un fin de siglo en que los países más desarrollados han sido descritos por Hobsbawm como aquellos "en los que han alcanzado una posición preponderante los valores de un individualismo asocial absoluto" .

Y este es el mundo en que el movimiento estudiantil ha provocado varios cambios evidentes en el tratamiento del problema universitario a nivel nacional. Hay que señalar que también ha tenido efectos que no trascienden de manera inmediata hacia un observador externo. En realidad, ni siquiera son tan

evidentes para nosotros los académicos, aunque seamos el objeto central de ese cambio. Lo que aquí ha pasado es que una generación carente de traumas y prejuicios, en medio de la liviandad, la superficialidad y la frivolidad del discurso asocial imperante, ha señalado la desnudez del emperador, ha mostrado que este marco rígido, presente hasta en lo más íntimo de nuestras vidas, es vulnerable, y puede ser desafiado con éxito. Esto ha significado un cambio trascendental de perspectiva, ya que los barrotes no eran tan firmes, aunque los imaginamos firmes. Tenía razón Rosa Devés cuando afirmaba que estábamos en la peor de las prisiones, ya que éramos nuestros propios carceleros.

Hace unas pocas semanas atrás parecía que la única forma de supervivencia formal era la de la mimetización, la de la batalla por los alumnos-clientes y los proyectos rentables de corto plazo. Una Universidad moldeada por el entorno y no al revés, es decir, una entidad carente de la más preciada de las autonomías: la intelectual. La paradoja de la supervivencia suicida. Hoy vemos renacer la esperanza de repensarnos, de afirmarnos en una combinación de excelencia y compromiso. Hemos vivido una etapa en que nuestros alumnos han puesto en duda las premisas sobre las cuales hemos operado estos siete años; y luego hemos vivido una etapa intensa de interacción con los estudiantes y entre nosotros, a pesar de lo difícil que resulta en muchas facultades abandonar el hábito del individualismo y la desconfianza. Me resulta un deber señalar que he visto a los jóvenes, calificados muchas veces de indiferentes, sin historia y con pérdida de confianza en el futuro, estudiando la evolución de esta y otras instituciones universitarias, para entender mejor las cosas. Peligroso para algunos, esperanzador para muchos.

Creo que este acto en el Salón de Honor representa el comienzo de una tercera etapa que debe ser de compromiso y participación, sin miedo a la libertad, sin formas de autocensura. El compromiso significa trabajo responsable, creativo y alegre, tan alegre como la sensación de volver a ser activos en la construcción de nuestra propia historia.